

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CASA DE LA HADA.

Se acordarán nuestros lectores de la amenaza hecha por Salvador á la Brocante, respecto al tabuco mal sano de la calle Triperet, donde hemos visto por la primera vez á la cartomántica.

Salvador había pronunciado algunas palabras, que habían asustado á la Brocante, y ésta se había comprometido á dejar lo más pronto posible aquella habitación infecta.

Pero si la amenaza de quitarle á Rosa de Noel la había asustado, el cálculo de un gasto loco á sus ojos le había asustado, en sentido contrario también, y le había impedido cumplir su promesa. Además, sucede con los miserables lo mismo que con los ricos; dejan difícilmente, más difícilmente quizás que los ricos, la casa en que han vivido, y tal vez obligada á mudarse, la vieja avara, que se hallaba bien en su camaranchón horroroso, hubiera preferido dar el dinero necesario para su mudanza y permanecer en su tabuco.

Pero en medio de su duda por saber si obedecería ó desobedecería á Salvador, la Brocante había recibido una visita que había decidido su determinación.

Un día, un bello joven de una elegancia perfecta, se había presentado en su casa en nombre de la hada Carita.

Había dos nombres que acariciaban dulcemente el corazón de aquella hermosa y delicada niña, que se llamaba Rosa de Noel. El uno, el de la señorita de Lamothe-Houdon, el otro el de Salvador.

Este hermoso joven, que un día había aparecido sobre el umbral de aquel pandemónium, cuya descripción hemos arriesgado, no era otro que Petrus.

Entonces, al repetir á la vieja gitana, en medio de los ladridos de los perros y los graznidos de la corneja, casi las mismas palabras que Salvador había ya dicho, había hecho comprender que había llegado la hora de desalojar.

Pero lo que sobre todo había determinado á la vieja, era la manera de hacerlo Petrus.

— He aquí la llave de vuestra nueva habitación, había dicho. No tenéis más que presentaros en la calle del Olmo, núm. 10, entraréis bajo una gran puerta, miraréis á la izquierda, veréis tres escalones, los subiréis, introduciréis esta llave en la cerradura de la puerta que tendréis delante, daréis dos vueltas, la puerta se abrirá y estaréis en vuestra habitación.

La Brocante, al oír estas palabras, había abierto los ojos y los oídos.

En efecto, si por un lado sentía dejar su habitual tabuco, por otro, como no tenía que gastar ni un sueldo, en vez de poner á la puerta al recién venido, le había ofrecido un

asiento, y amenazado á los perros y la corneja, en honor de su huésped.

Tal vez, á pesar de la amenaza de la Brocante, los perros hubieran ladrado y la corneja graznado más fuerte; pero Rosa de Noel les había rogado que se callasen, y obedecían mucho mejor á los ruegos de Rosa de Noel que á las órdenes de la Brocante.

Una vez sentado Petrus, había añadido:

— Sólo que es preciso dejar vuestro granero desde mañana.

— ¡ Oh ! había dicho la Brocante, ¿ y el tiempo para la mudanza ?

— No se trata de que mudéis lo que aquí tenéis, sino de que lo deis ó lo vendáis. El alojamiento que se os ofrece por mi voz, está amueblado de nuevo. En cuanto al alquiler, está pagado por un año. Ved aquí el recibo.

La Brocante no sabía si soñaba ó si estaba despierta.

Así que, detrás de Petrus, había corrido con la llave en la mano, desde la calle Triperet á la del Olmo.

Todo había pasado como lo había dicho Petrus: en el núm. 10 había encontrado la Brocante una gran puerta, bajo la gran puerta los tres escalones, la llave había dado la vuelta en la cerradura, la puerta se había abierto, y la vieja gitana había penetrado en la habitación.

Esta habitación estaba situada en el piso bajo; las ventanas daban á un jardín de seis pies de largo, es decir, de la magnitud de una tumba, si la persona que le miraba estaba triste, de la magnitud de una caja de naranjo si estaba alegre.

Este piso bajo se componía de cuatro piezas y de una habitacioncita encantadora en el entresuelo.

Comparado con el granero que habitaba la Brocante, era, como se ve, un palacio.

Las cuatro piezas del piso bajo eran una sala, un comedor, un dormitorio para la vieja y un gabinete para Babolín.

Excusado es decir que la habitación del entresuelo era para Rosa de Noel.

La sala estaba colgada de arriba abajo, comprendiendo el cielo raso, de un cuti blanco y azul con canelones y bellotas de lana roja; una jardinera de madera rústica, colocada delante de la ventana, encerraba algunas flores de invierno.

Cuatro sillas de caña formaban el mueblaje.

De la sala se pasaba al comedor, que estaba pintado de madera de encina, con una mesa y seis sillas de la misma madera.

Las cortinas eran de merino verde, y se cruzaban sobre otras de muselina. En las paredes estaban colgados un reloj de cuco para indicar la hora, y seis grabados campesinos para recrear la vista. Una hermosa estufa calentaba á la vez el comedor y la sala.

La habitación que estaba en seguida era el dormitorio de la Brocante. Esta era la pieza original de la habitación; un verdadero museo, un gabinete de historia natural; y sobre todo, de historia sobrenatural. Aun cuando esta habitación se hubiese amueblado con poco gasto, su adorno era de un gusto tan simpático á la Brocante, que lanzó un grito de alegría y de asombro al verla.

En efecto, en los cuatro lados de la pared estaban colgados mil objetos insignificantes para cualquiera otra; pero preciosos y maravillosos para ella.

Retortas en cruz, coronadas por un cráneo cubierto con un velo negro.

Una pierna descarnada hasta el fémur, que parecía re-

chazar desdeñosamente con la punta del pie aquel cráneo.

Un murciélago gigantesco con las alas extendidas y riendo á careajadas, al ver un maniquí provocar á una quimera de loza.

Un gran ciervo volante, adornado con toda clase de figuras cabalísticas, colgado en el cielo raso y balanceándose en el espacio enfrente de un cocodrilo, que con la boca abierta parecía querer tragarlo.

Un as de espadas gigantesco, combatiendo con un as de oros enano.

Una serpiente empajada, envolviendo en sus pliegues el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Un capuchino de cartón, indicando el cambio del tiempo.

Un reloj de arena midiendo las horas.

Una trompeta inmensa que, parecía no aguardar más que el último minuto, para tocar por sí misma al juicio final.

En fin, todo un mueblaje de hechicería, es decir, la materialización del sueño que la Brocante había tenido toda su vida, el mundo de una quiromántica realizado por la imaginación de un pintor.

Hasta la corneja tenía su percha en un rincón de la alcoba, y los perros sus nichos en toneles.

Un lecho de torneadas columnas completaba el mueblaje de la habitación.

El gabinete de Babolin era una piececita empapelada con un papel gris, con un lecho de hierro muy blanco, muy propio, muy nuevo; dos sillas, una mesa y un estante, armario en la parte interior, y que sostenía unos cuarenta volúmenes en la parte superior.

En cuanto á la piececita del entresuelo, es decir, en

cuanto á la habitación de Rosa de Noel, era una obra maestra; simplemente obra maestra, de sencillez sobre todo.

Era una pieza, grande como una habitación de muñeca, toda colgada de persiana rosa, con cordones azul celeste, cortinas y muebles iguales.

Las porcelanas de la chimenea y del tocador eran azules, con ramilletes semejantes á los de la persiana.

La alfombra era azul.

El único cuadro de aquella habitación, era un gran medallón dorado que encerraba un pastel.

Aquel pastel era el retrato de la hada Carita, parecido hasta el punto de hacer lanzar un grito de sorpresa á los que la conocían.

La hada vestía su traje de hada para ir á las veladas del cielo.

Al salir de la habitación fantástica de la Brocante y entrar en ésta, se maravillaba uno y se regocijaba, como cuando se vuelve á ver el sol al salir de las catacumbas.

La Brocante volvió como había ido, es decir, corriendo. Anunció la buena noticia á Rosa de Noel y Babolin, y se decidió que no sería al día siguiente, sino aquel mismo día, cuando se irían á vivir á *la casa de la hada*.

Así se llamó á la nueva morada.

Se tomó un fiacre, en el que se pusieron todos los objetos de que no se querían separar.

Rosa de Noel quería llevar todo su pequeño ajuar, por más que le dijo la Brocante de la elegancia de su nuevo domicilio.

Tomó, pues, todo lo que pudo, y marcharon.

Se comprende el aturdimiento de Babolin y Rosa de Noel.

Pero la alegría de ésta llegó casi á la locura cuando vió, en un armario que la Brocante no había visto, atendido á que estaba dentro de la pared, toda clase de bandas y cintas griegas y árabes, toda clase de redecillas y cinturones españoles, toda clase de collares y alfileres para los cabellos.

Esto para Rosa de Noel con sus instintos pintorescos, era el tesoro de los tesoros, un verdadero secreto de las *Mil y una noches*. Y aquella alfombra tan suave y aterciopelada, donde podría á su placer caminar con sus lindos pies desnudos.

Instaláronse en la habitación el mismo día, y ninguno, ni aun la Brocante, echó menos el chiribitil de la calle Triperet.

Al día siguiente recibieron la visita de Petrus.

Venia á ver cómo se encontraban los recién mudados.

Todo el mundo estaba alegre, incluso los perros y la corneja en su percha.

Sin embargo, no faltaba inquietud respecto á lo que pediría Petrus en cambio de todo aquel bienestar, dado en nombre de la hada Carita; porque, en fin, era probable que Petrus pidiera algo.

Petrus pidió simplemente que Rosa de Noel fuese á su estudio, ora con la Brocante, ora con Babolin, ó con los dos.

Rosa de Noel, sin casi saber lo que se le pedía, aceptó de buenas á primeras.

La Brocante pidió de término hasta el día siguiente, para aconsejarse con alguno acerca de lo que debía hacer.

Petrus la dejó en entera libertad.

Á quien la Brocante deseaba consultar era á Salvador. Así que, detrás de Petrus se ponía Babolin en camino

para buscar á Salvador, en la calle de Fers, y rogarle que cuando tuviese un momento fuese á ver *la casa de la hada*.

CAPÍTULO II.

LA CASA DE LA HADA (CONTINUACIÓN).

Salvador fué el mismo día.

Su opinión fué que Rosa de Noel podía conceder perfectamente á Petrus el favor que pedía.

Rosa de Noel había parecido siempre á Salvador una naturaleza fina y distinguida; había una especie de instinto de arte en aquel sentimiento de lo pintoresco que desplegaba á propósito de todo.

No podía, pues, menos de ganar en ponerse en contacto con organizaciones escogidas, como las de aquellos que se llamaban Petrus, Juan Robert, Ludovico y Justino; es decir, con la pintura, la poesía, la ciencia y la música.

En cuanto á la manera de obrar con Rosa de Noel, podía la Brocante estar tranquila; sería tratada como una hermana.

Salvador invitó, pues, á la Brocante, á que no aguardase á que Petrus se tomase la molestia de volver, sino que fuese á su casa la primera.

Al día siguiente, á las diez, la niña y la vieja llamaban á la puerta de Petrus.

Abierta la puerta y á vista de aquel estudio maravilloso, Rosa de Noel lanzó otros muchos gritos de alegría y de asombro, semejantes á los que había lanzado al ver la habitación de la Brocante y hasta la suya.

En primer lugar, por todos lados y con toda clase de trajes, el retrato de la hada Carita.

Después, al lado de esto, mil objetos de los que ignoraba, no sólo el uso, sino también los nombres.

Fué preciso decirle cómo se llamaba cada cosa y para qué servía.

Sin embargo, pareció reconocer el piano. Sus dedos se pusieron sobre las teclas y sacó algunos acordes, que probaban que en otro tiempo había estudiado los primeros elementos de la música.

Pero casi al instante, como espantada por algún recuerdo terrible, volvió á cerrar el piano y se alejó de él.

En seguida, quiso ver trabajar á Petrus.

Petrus trabajó.

La niña lanzaba gritos de alegre asombro, al ver los objetos que Petrus quería reproducir, nacer bajo su pincel.

Entonces Petrus le explicó más claramente lo que deseaba de ella.

Si Petrus no le hubiese pedido que le permitiese hacer su retrato, Rosa de Noel se lo hubiera suplicado.

Todo, pues, quedó convenido bien pronto.

Desde aquel mismo día se pondría Rosa de Noel en postura para que la retratasen.

Al día siguiente y los siguientes, Petrus la enviaría á buscar, y la haría regresar en carruaje, y Rosa de Noel vendría con la Brocante ó con Babolin.

Desde aquel mismo día renovó el conocimiento con Juan Robert y Justino.

Se recordará que les había ya visto en casa de la Brocante el día de la catástrofe.

Al día siguiente le llegó el turno á Ludovico.

Ludovico, á ruego de Salvador, examinó la niña con la mayor atención.

Sus miembros eran delgados, débiles y delicados; pero ningún órgano estaba amenazado. Ludovico trazó un método higiénico, al cual ordenó Salvador á la Brocante que se conformase.

Al cabo de ocho días, bajo la dirección de Justino, conocía Rosa de Noel todas las notas, y comenzaba á tocar los aires más fáciles.

Es verdad que en música, parecía más bien recordar que aprender.

Además, sabía algunos de los más bellos versos de Lamartine y de Hugo, que le había enseñado Juan Robert, y que recitaba con una exactitud y una expresión asombrosas.

En fin, á cada momento hacía á Petrus prometerle que la enseñaría á pintar.

El día que la hemos visto en el estudio, Rosa de Noel estaba en su décima sesión.

Salvador venía casi todos los días. La casualidad hizo que aquel día, por primera vez, viniese con su perro, habiéndole rogado Petrus que llevase á Rolando para llenar un rincón vacío de su cuadro de Mignón.

Se ha visto lo que se siguió del encuentro de Rolando y Rosa de Noel.

Al día siguiente, á eso de las ocho de la mañana, en el momento que Rosa de Noel acababa de levantarse, dieron tres golpes á la puerta, y Babolin, que estaba encargado de introducir á los visitantes, como el más joven y él más próximo á la puerta de entrada, fué á abrir.

Oyéronse al instante resonar estas palabras:

— ¡ Ah ! es nuestro buen amigo Mr. Salvador.

El nombre de Salvador era mágico en la casa. Al instante fué repetido con alegre entonación por la Brocante y por Rosa de Noel.

— Sí, galopin, soy yo; respondió Salvador.

Entró Salvador, y Rosa de Noel se le arrojó al cuello.

— Buenos días, mi buen amigo, le dijo la niña.

— Buenos días, hija mía, dijo Salvador mirando con atención si el rosado color de sus mejillas era debido á que recobrase buena salud, ó á la aparición de la fiebre.

— ¿Y Brasil? preguntó la niña.

— Brasil está cansado esta mañana, porque ha corrido toda la noche. Te lo traeré otro día.

— Buenos días, Mr. Salvador, dijo por último la Brocante, que se había dado cuenta de que había un espejo en su cuarto, y había juzgado á propósito peinarse hacia algunos días. ¡Eh! ¿qué buen viento nos procura el placer de vuestra visita?

— Voy á decirtelo, respondió Salvador mirando en torno suyo. Pero ante todo, ¿cómo te encuentras en tu nuevo alojamiento, Brocante?

— Como en un verdadero paraíso, Mr. Salvador.

— Con la excepción de que está habitado por el diablo. En fin, esa es una cuenta que habéis de arreglar entre Dios y tú. Yo no me mezclo en eso. Y tú, Rosa de Noel, ¿cómo te encuentras aquí?

— Tan bien, que no puedo creer que estoy aquí, aunque me parece que he estado siempre.

— Entonces, ¿nada deseas?

— No, Mr. Salvador, nada más que vuestra felicidad y la de la princesa Regina, respondió Rosa de Noel.

— ¡Ay! hija mía, dijo Salvador, temo que Dios no te conceda más que la mitad de tu deseo.

— ¡Ninguna desgracia os habrá sucedido! preguntó la niña con inquietud.

— No, dijo Salvador, yo soy el lado risueño y alegre de tu deseo.

— Entonces, preguntó Rosa de Noel, ¿es la princesa quien es desgraciada?

— Lo temo.

— ¡Ah! ¡Dios mío! dijo Rosa de Noel con lágrimas en los ojos.

— ¡Bah! dijo Babolin, puesto que es hada, eso no durará.

— ¿Cómo se puede ser desgraciada con doscientas mil libras de renta? preguntó la Brocante.

— No comprendes eso, ¿no es verdad Brocante?

— ¡Ah! á fe mía que no, dijo ésta.

— Una idea se me ocurre, madre, dijo Babolin.

— ¿Cuál?

— Si la hada Carita es desgraciada, es que desea algo que no sucede.

— Es probable.

— ¡Pues bien! haz entonces tú gran fortuna á su intención.

— No deseo otra cosa, bien le debemos eso. Rosa, dame el juego mágico.

Rosa hizo un movimiento para obedecer. Salvador la detuvo.

— Más tarde, dijo; he venido para otra cosa.

En seguida, volviéndose hacia la vieja:

— Hola, Brocante, dijo, ahora nosotros dos.

— ¿Qué hay, Mr. Salvador? preguntó la gitana con cierta inquietud, de la que nunca parecía estar de todo punto exenta, y que podía muy bien tener su origen en

las ordenanzas de la policía sobre las brujas modernas.

— ¿Te acuerdas de la noche del martes de Carnaval al miércoles de Ceniza?

— Sí, Mr. Salvador.

— ¿Te acuerdas de mi visita á las siete de la mañana?

— Perfectamente.

— ¿Te acuerdas de lo que precedió á esta visita?

— Antes de vuestra llegada acababa de enviar á Babolin á casa del maestro de escuela del arrabal de Santiago.

— Justamente: ahora, veamos, reúne bien todos tus recuerdos: ¿por qué habías enviado á Babolin á casa del maestro de escuela?

— Le había enviado para que llevase una carta que había encontrado en el arroyo de la plaza Maubert.

— ¿Estás bien segura de lo que dices?

— Muy segura, Mr. Salvador.

— ¡Silencio! mientes...

— Os juro, Mr. Salvador

— Te digo que mientes. Tú misma me has dicho, pero ya no te acuerdas, que aquella carta había sido arrojada por la portezuela de un carruaje que pasaba.

— ¡Ah! es verdad, Mr. Salvador; pero no creía que eso tuviese importancia alguna.

— La carta chocó contra la pared y cayó junto al guardarruedas, donde estaba puesta la linterna. Oíste el ruido de una cosa que se rompía contra la pared; cogiste tu linterna, y buscaste.

— ¿Estabais, pues, allí, Mr. Salvador?

— Ya sabes que siempre estoy allí. Ahora, para que la carta hiciese al chocar contra la pared un ruido que pudieses oír, era preciso que hubiese algo en la carta.

— ¡En la carta! repitió la Brocante, que comenzaba á ver hacia dónde marchaba el interrogatorio.

— Sí, te pregunto qué había.

— Había algo efectivamente; pero no recuerdo qué era.

— ¡Bueno! por desgracia lo recuerdo yo. Había una muestra.

— Es verdad, Mr. Salvador, había una muestrcita; pero tan pequeña, tan pequeña...

— Sí, que la habías olvidado. Veamos qué has hecho de esa muestra.

— ¿Qué he hecho de ella?... no sé, dijo la Brocante pasando por delante de Rosa de Noel como para ocultar á Salvador la cadena que rodeaba el cuello de la niña.

Salvador cogió la mano de la vieja y le hizo volver caras.

— Quitate de ahí, dijo. ¿Qué tiene, pues, Rosa de Noel en derredor del cuello?

— Mr. Salvador, dijo la Brocante vacilando, es...

— Es, exclamó la niña sacando la muestra de su pecho, es la muestra que estaba en la carta.

Y alargó la muestra á Salvador.

— ¿Quieres dárme la, Rosita? dijo el joven.

— Querréis decir devolvérosela, mi buen amigo. Puesto que no es mía, yo no podía conservarla más que hasta que la reclamasen. Tomad, Mr. Salvador, dijo la niña con una lágrima en los ojos, porque en el fondo experimentaba algún pesar, al separarse de aquel dije encantador; he tenido mucho cuidado de ella, andad.

— Gracias, pequeña. Me veo obligado á tomarte esta muestra, por razones de mi conocidas.

— ¡Oh! no os las pregunto, mi buen amigo, exclamó Rosa de Noel.

— Pero es una muestra que vale por lo menos sesenta francos, y puesto que yo la he encontrado...

— Yo daré otra á Rosa de Noel, y la querrás tanto como ésta, ¿no es verdad, hija mía?

— ¡ Oh ! mucho más, Mr. Salvador, por habérmela dado vos.

— Además, hé aquí cinco luises y le comprarás un lindo traje de medio tiempo y un sombrerito. En el primer día bueno quiero llevarla á paseo ; la niña necesita aire.

— ¡ Oh ! sí, sí, dijo Rosa de Noel, saltando y palmo-teando.

La Brocante gruñía ; pero Salvador la miró fijamente y se calló.

Dueño Salvador de la muestra que había venido á buscar, dió un paso para salir ; entonces Rosa de Noel se unió á él.

— No, no, dijo Babilín, celoso de sus funciones, á mi me pertenece reconducir á Mr. Salvador.

— Cédeme el puesto por esta vez, dijo Rosa de Noel.

— ¡ Oh ! dijo Babilín, y yo...

Salvador le puso una monedita en la mano.

— Tú, quédate aquí, dijo.

Comprendía que Rosa de Noel tenía algo que decirle en particular.

— Ven, dijo, y se llevó á Rosa de Noel.

Cuando estuvieron en la sala, le saltó la niña al cuello y le besó.

— ¡ Oh ! Mr. Salvador, dijo, ¡ qué bueno sois y cuánto os amo !

Salvador la miró y sonrió.

— ¿ No tenías nada más que decirme, Rosita ? preguntó

— No, dijo la niña mirándole atónita, quería besaros y nada más.

Salvador la besó á su vez y sonrió de nuevo.

Sólo que en esta segunda sonrisa había una felicidad suprema.

Aquella ternura de la niña hacía sobre el corazón endurcido del hombre el efecto de los primeros rayos del sol sobre la tierra fría.

Acarició dulcemente con su mano la mejilla morena de la niña.

— Gracias, pequeña, dijo ; no sabes el bien que me has hecho.

En seguida, deteniéndose y mirándola, se preguntó á sí mismo, si debía aprovechar aquel momento para preguntarle si tenía un hermano.

Pero después de una segunda reflexión, dijo :

— ¡ Oh ! no, es demasiado feliz ahora ; más tarde. Y salió, después de haberla besado de nuevo.

CAPÍTULO III.

STABAT MATER DOLOROSA.

Salvador, al dejar la calle del Olmo, tomó la de las Ursulinas, la de Santiago, y llegó al arrabal.

El lector habrá adivinado ya adónde iba.

Llegado á la puerta del maestro de escuela, llamó.

La campanilla correspondía al primer piso para que los visitantes no estorbasen á Justino en sus clases.

Fué, pues, Celeste quien vino á abrir.

El pálido semblante de la joven se tiñó de rosa al ver á Salvador.

— ¿Está aquí Mr. Justino? preguntó el joven.

— Sí, respondió Celeste.

— ¿En su clase ó en su casa?

— En casa de mi madre; subid. Hablábamos de vos cuando habéis llamado.

Sucedía con frecuencia á la pobre familia hablar de Salvador.

Subieron la escalera, dejaron á la izquierda la habitación vacía de Mina, y entraron en la de Mad. Corby.

En derredor de la estufa, que servía de punto de reunión á la familia, estaban la anciana ciega, el honrado Mr. Muller y Justino.

Nada había cambiado á no ser los semblantes, que habían envejecido diez años en seis semanas.

La madre Corby, sobre todo, asustaba el verla.

Su rostro estaba amarillo como el marfil, sus cabellos tenían un blanco de plata.

Estaba inclinada hacia el suelo, y ni parecía siquiera que intentase reconocer al que acababa de llegar.

Era la encarnación del dolor mudo, inmóvil y sordo; del dolor cristiano, con su expresión sublime de paciencia y abnegación.

Inclinó tan débilmente la cabeza al ver entrar á Salvador y al reconocer su voz, que Salvador hubiera podido tomarla por una estatua de piedra de la Virgen al pie de la cruz.

El buen Mr. Muller también se parecía á una petrificación del pesar. El buen hombre, que era el primero que había tenido la idea del colegio y que había dado las señas de

Mad. Desmarests, persistía en creerse el único autor del mal, y venía á recibir consuelos de Justino en vez de dárselos.

Justino no estaba tan abatido como se le hubiera podido creer. Los primeros días había permanecido en su cuarto, enteramente aniquilado, todo el tiempo que no empleaba en las clases. Pero después de haberse desesperado, después de haber tenido conciencia de la inmensidad de su dolor, su dolor mismo le regeneró, por decirlo así; se empapó, como en un baño, en lágrimas amargas, y él, que al principio parecía el más impresionable de la familia, fué quien, en virtud de una vigorosa reacción sobre sí mismo, recobró fuerza y la dió á todos.

Al ver entrar á Salvador, se levantó y fué hacia él.

El joven le tendió la mano y estrechó la suya fraternalmente.

El honrado Mr. Muller le colocó un asiento cerca del suyo, y le dirigió, más bien para tranquilidad de su conciencia, que con la esperanza de obtener una respuesta favorable, la pregunta sacramental:

— ¿Tenéis noticias?

Por lo demás, desde la marcha de Mina, esta era la palabra con que se abordaba á todos.

Daba Celeste una vuelta por el barrio, Justino, y su madre le preguntaban:

— ¿Qué noticia?

Era Justino el que entraba, después de una salida por corta que fuese, y entonces eran la madre y Celeste las que hacían á Justino la misma pregunta.

Y sucedía lo mismo todos los días con Mr. Muller, cuando venía á hacer su vista diaria.

Las familias que viven á cien pasos de los campos de

batalla y tiemblan por los seres que les son mas caros, no piden noticias de la guerra con más febril ansiedad.

Este día, como hemos dicho, fué Mr. Muller quien dirigió la pregunta sacramental á Salvador.

— Sí, respondió lacónicamente éste.

Apoyóse Celeste contra la pared, la madre se puso en pie como por un resorte, Justino cayó sobre una silla, y Mr. Muller tembló de pies á cabeza.

— ¿Pero buenas noticias? preguntó balbuceando Mr. Muller.

Ninguno de los otros tenia fuerza para hablar.

— Sí, volvió á responder el joven.

— Decid, decid, dijeron á una todas las voces.

— ¡Oh! no aguardéis, dijo Salvador, demasiada felicidad, por temor de veros burlados. Lo que tengo que decir es casi tan triste como alegre, casi tan amargo como dulce. No importa, no quiero privaros de una alegría, aun cuando esta alegría fuese acompañada de un pesar.

— Hablad, exclamó Justino.

— Hablad, repitieron los demás.

Sacó Salvador de su bolsillo la muestrcita y presentándola á Justino:

— Por lo pronto, amigo mio, dijo ¿reconocéis esto?

Justino se lanzó sobre la muestra con un grito de alegría.

— La muestra de Mina, exclamó cubriéndola de besos: la muestra que le he dado en el último aniversario de su nacimiento; la muestra que ella amaba tanto, según me decía, y que no la dejaría ni de día ni de noche; ¡la ha dejado! ¡Oh! decid, decid... ¿cómo la ha dejado?

La madre se había vuelto á sentar.

Hizo un signo de cabeza, que equivalía al grito que se

escapó á Jacob á la vista de la túnica ensangrentada de José:

— Una bestia feroz ha devorado á mi hija.

— ¡No! ¡no! dijo vivamente Salvador, que comprendió aquel gesto; ¡no! estad tranquila, ¡no! vuestra hija no ha muerto, ¡no! Mina está viva.

Todos los asistentes lanzaron un grito de alegría.

— La he visto, continuó Salvador.

— ¡Vos! exclamó Justino saltando al cuello del joven y enlazándole con sus brazos; ¿vos habéis visto á Mina?

— Sí, mi querido Justino.

— ¿Dónde?... ¿Cuándo?... ¿Me ama aún!

— Os ama siempre, os ama más que nunca, respondió el joven intentando contener á Justino y conservar su sangre fría.

— ¿Os lo ha dicho?

— Me lo ha dicho, repetido y afirmado.

— ¿Cuándo?

— Esta noche.

— Pero decidme pronto, ¿dónde la habéis visto?

— Y vos, mi querido Justino, dejadme tiempo para deciroslo.

— Es verdad, dijo el honrado Mr. Muller sacando de su bolsillo un pañuelo, para enjugar las lágrimas que brotaban de sus ojos; es verdad. Quieres que hable, Justino, y no le dejas tiempo para hablar.

— Hubiera hablado ya si hubiera podido hacerlo, dijo Mad. Corby meneando la cabeza.

— Pues bien, dijo Justino, volviéndose á sentar, no os pregunto más, mi queridor Salvador, escucho.

— Escuchad, pues, y con paciencia, mi querido Justino. Con un objeto, que es inútil hacéroslo conocer, fui á pa-

searme ayer noche á algunas leguas de París entre once y doce. Estaba en un parque. Allí, á la claridad de la luna, vi, á través de los árboles, avanzar una joven, que vino á sentarse sobre un banco, á cuatro pasos de donde yo estaba oculto.

— Era Mina... exclamó Justino incapaz de contenerse.

— ¿Era Mina!

— ¿Y no le habéis hablado?

— Le he hablado, puesto que me ha respondido que os amaba siempre.

— ¡Justo!

— Pero, dejadle hablar, dijo Mr. Muller impacientado.

— ¡Hermano mío! dijo Celeste.

La madre había vuelto á caer en su inmovilidad y en su mudismo.

— Un instante después, continuó Salvador, apareció un joven y vino á sentarse al lado de ella.

— ¡Oh! dijo Justino.

— Me equivoco, dijo Salvador, no se sentó; Mina le tuvo en pie y respetuoso delante de sí.

— Y ese joven era el conde Loredán de Valgeneuse, ¿no es verdad?

— Era el conde Loredán de Valgeneuse, repitió Salvador.

— ¡Oh! ¡miserable! dijo Justino rechinando los dientes; si alguna vez me cae entre las manos...

— ¡Silencio! Justino, dijo Mr. Muller.

— Si no escucháis tranquilamente, Justino, dijo Salvador, me detengo.

— ¡Oh! no, no, amigo mío, os lo suplico.

— Oí su conversación desde el principio al fin, y resultó para mí de esta conversación, cuyos detalles no quiero re-

ferir, que Mr. Loredán de Valgeneuse, ha obtenido contra vos una orden de prisión.

— ¡Una orden de prisión! exclamaron todos los asistentes.

Sólo Mad. Corby permaneció muda.

— Pero ¿de qué se le acusa? preguntó Mr. Muller.

— Sí, ¿de qué se me acusa? repuso Justino.

— Del crimen de separación y secuestro de menor. crimen previsto por los artículos 354, 355 y 356 del Código penal.

— ¡Oh! ¡miserable! no pudo menos de decir á su vez el buen Mr. Muller.

Justino guardó silencio; la madre, inmóvil, ya lo hemos dicho, no había pronunciado una sola palabra, no había cambiado de aspecto.

— Sí, es un gran miserable, dijo Salvador; pero un miserable omnipotente y colocado tan alto, que no podemos alcanzar á él.

— ¡Y sin embargo!... repuso enérgicamente Justino.

— Sí, y sin embargo, es preciso alcanzar, ¿no es verdad? continuó Salvador; ese es vuestro pensamiento, y el mío también.

— ¡Si fuese yo á encontrarme con ese hombre! exclamó Justino levantándose, como pronto á partir.

— Si fueseis á veros con ese hombre, os haría arrestar por su suizo, y os conduciría á la Conserjería.

— ¡Pero si fuese yo un viejo! dijo Mr. Muller.

— Á vos, Mr. Muller, haría que os prendiesen sus criados y os condujesen á Bicetre.

— Pero ¿qué hemos de hacer? exclamó Justino.

— Hacer lo que hace nuestra madre, orar... dijo Celeste.

En efecto, la madre oraba en voz baja.

— Pero en fin, dijo Justino, le habéis hablado, tenéis, pues, aun algo que decirnos.

— Si, tengo que concluir mi relato. Mina estuvo admirable en pudor y dignidad: Justino, es una joven santa, amada con toda vuestra alma.

— ¡ Oh! exclamó el joven, ¡ la amo! ¡ la amo!

— Alejóse Mr. Loredán, dejando á Mina sola. Entonces pensé que era tiempo de presentarme. Me acerqué á la pobre niña, que arrodillada sobre la arena, pedía consejo y socorro á Dios. Me bastó pronunciar vuestro nombre para hacerme conocer. Me preguntó, como vos, qué había que hacer, y como á vos, le repondí: Aguardar y esperar.

Entonces me refirió, con todos sus detalles, el rapto y sus consecuencias: cómo llevada en un carruaje á través de las calles de París, se vió obligada para hacer que llegase á vos su carta, á envolver en ella su muestra. La muestra debía estar en casa de la que os había mandado la carta. Fui allá, y la reclamé. La Brocante negaba, Rosa de Noel me la dió.

Justino besó de nuevo la muestrecita.

— Sabéis lo demás, dijo Salvador, y muy pronto os diré lo que me parece conveniente hacer.

Y habiendo dicho estas palabras, saludó, haciendo al saludar á Justino seña de que le acompañase.

Justino comprendió la seña y le siguió.

Mad. Corby permaneció tan inmóvil á la salida de Salvador, como inmóvil había estado en su entrada.

CAPÍTULO IV.

INICIACIÓN.

Los dos jóvenes bajaron al dormitorio de Justino; es decir, á la sala donde tenía la clase.

La clase estaba vacía, los niños no habían ido aquel día, á causa de su solemnidad, que era domingo.

Salvador fué quien hizo seña á Justino de que se sentase.

Justino cogió una silla; Salvador se sentó sobre una mesa.

— Ahora, dijo Salvador pasando la mano sobre el hombro de Justino; ahora, mi querido amigo, prestadme toda vuestra atención, y no perdáis una palabra de lo que voy á deciros.

— Escucho, porque bien me había parecido que no lo habíais dicho todo delante de mi madre y hermana.

— Y teníais razón. Hay cosas que no se dicen delante de una madre y de una hermana.

— Hablad, ya escucho.

— Justino, no encontraréis á Mina por los medios ordinarios.

— Sí, pero por medio de vos la volveré á ver, ¿no es verdad?

— Sea, sólo que todo debe primero estar bien resuelto entre nosotros.

— Que yo la vuelva á ver, que sepa dónde está, y lo demás me pertenece.